

verá; pero vosotros me veréis siempre, porque yo vivo eternamente, y vosotros viviréis con la misma vida. El que crée en mí sobrevive á todo, y no puede morir. En el día de vuestra adopción veréis, y entenderéis como yo estoy en mi Padre, mi Padre en mí, y yo en vosotros. Os ruego, señor, que consideréis estas palabras, y que observéis cómo exponen con una rapidez y magnificencia incomparable la inmensidad y riqueza del plan sublime de la religion.

¡Ay, señor! ¡Qué ciego está el que no puede ver tantas hermosuras! ¡Cuánto pierde el que no aspira á tan graciosas esperanzas! Si conociérais el placer inefable que recibe el cristiano, cuando siente la dulzura de sus destinos inmortales, entonces entenderiais la justa razon con que desprecia todos los bienes de la tierra. ¡Qué corazon religioso y sensible puede leer en San Juan, desde el capítulo trece hasta el diez y siete, sin volverlos á leer muchas veces, sin meditarlos continuamente, y hacer de ellos el estudio no interrumpido de su vida? ¡Que fuente de luces tan inagotable! ¡Qué manantial tan fecundo de consuelos! No solo ve en ellos el principio de sus dichas, sino que admira y se asombra del inmenso y magnífico sistema del cristianismo.

Fundar un imperio eterno para que los hombres fueran eternamente felices y gloriosos, era ya mucho; pero concebir y ejecutar la idea de que

una persona divina se uniese con la naturaleza humana á fin de que todo se correspondiese en esta nueva y admirable economía, y que pudiese haber un hombre digno de ser el soberano, único y eterno de todo el género humano, el gefe supremo y absoluto del imperio que debe resultar de las ruinas de todos los imperios del universo, es una idea, una concepcion, un plan que no pudo salir mas que de la mente divina, y por lo mismo que no pudo nacer de las ideas de los hombres, trae consigo un indeleble carácter de verdad; plan celestial, que al tiempo que nos muestra la alteza de su sabiduria, nos manifiesta su amor, y la felicidad que nos espera.

Pero escuchemos todavía á Jesucristo, que sigue diciendo á sus apóstoles: Si es verdad pues que me amais, dejad toda tristeza y desconfianza. Alegraos con la alegría que yo tengo de volar otra vez al seno de mi Padre. Vosotros sois mis amigos y mis hermanos, porque os amo con el mismo amor con que amó mi Padre ántes de que existiera el mundo; y yo os digo esto para que mi alegría pase á vuestros corazones, y crezca en ellos hasta que reciba su plenitud en la misma gloria en que voy á entrar....

Es verdad que los que no conocen ni á mi Padre ni á mí, os perseguirán; y os lo prevengo de antemano, para que cuando os lleguen estos males, os acordeis de que os los habia predicho, y

que esteis advertidos de que nada puede aconteceros contra mis órdenes, y que yo no sepa. Vosotros lloraréis en medio de la alegría frívola, pasajera y pérvida de un mundo insensato y pervertido; pero á la alegría del mundo sucederán lágrimas y sollozos eternos; en vez de que vuestra tristeza, que durará poco, se mudará en tal alegría y felicidad, que ninguno jamas os podrá privar de ella....

Cuando una madre empieza á sentir los dolores del parto, se contrista porque la hora se acerca; pero cuando el hijo sale á luz, su alegría la hace olvidar lo que ha sufrido, porque ya no tiene que temer, pues el objeto de su amor ha nacido con felicidad. Esta es la imágen de vuestro estado: vuestro corazon, que ahora está oprimido por su dolor, se dilatará para siempre con el mio en las delicias de la gloria. Entónces ya no tendréis que pedirme, ni yo tendré que pedir por vosotros á mi Padre; porque mi Padre os amará por vuestra propia excelencia, á causa de que me habeis amado, y que habeis creído que yo he salido de Dios. Sí, yo he salido de Dios, y he venido al mundo: ahora voy á dejar el mundo, y me vuelvo á Dios. Os digo todo esto para que quedeis en paz, y esteis seguros de la verdad de mis palabras. El mundo os hará sufrir mucho; pero no os inquieteis, porque yo lo he vencido....

El Evangelista dice que despues que Jesus ha-

bló de esta manera, levantando los ojos al cielo, añadió: *¡O Padre mio! He aquí la hora: glorificad á vuestro Hijo, para que vuestro Hijo os glorifique:* esto es, para que por él vuestro nombre sea conocido y adorado en todo el universo. Despues continuó diciendo: Vos le habeis hecho gefe de toda la naturaleza humana, le habeis dado el poder de gobernar todas las naciones de la tierra, para que pudiese comunicar la inmortalidad á todos los que le habeis dado.... *¡O Padre! yo os imploro por los que habeis confiado á mi ternura, y á quienes hice conocer vuestra eterna verdad. Padre mio, vuestros son, pues que me pertenecen; porque mi posesion es vuestra, como vuestra posesion es mia. Ahora yo dejo el mundo, y ellos se quedan. Padre mio, Dios santo, conservad los que me habeis dado, y que amo tanto para que sean un cuerpo conmigo, así como de toda eternidad vos y yo somos el mismo espíritu y la misma inteligencia....*

Padre mio, yo no pido que los saqueis del mundo, sino que los preserveis de la malignidad del mundo. Miéntas he estado con ellos, los he conducido, consolado y guardado en vuestro nombre. Ninguno de ellos ha perecido, sino un traidor, hijo de perdicion y de malicia; pero ahora van á dejar de verme y oirme. Padre, confirmadlos en la verdad; yo os dirijo delante de ellos mismos estos últimos ruegos de mi amor, para que la

alegría que les causaba mi presencia no se disminuía porque yo me vuelvo á vos, sino que se aumenta todos los dias, hasta que llegue el momento de que sus ojos vean al que tanto los ha querido....

No os pido solamente por ellos, padre mio, sino tambien por todos los que anunciarán mi palabra, y por todos los que creerán en mí por virtud de su predicacion: *Para que los justos de todos los tiempos no compongan mas que el mismo todo; y que como vos, Padre mio, habitais en mí, y yo en vos, ellos sean tambien una misma cosa con nosotros; y eternamente adoptados é incorporados en la unidad de nuestro grande esplendor.*

Ve aquí en estas palabras solas el fin y el objeto de todos los trabajos de Jesucristo: ve aquí por qué se hizo hombre, por qué con tantos afanes procuró instruirnos, y por qué murió y satisfizo por nosotros, para que como él está unido con su Padre, nosotros nos uniésemos con su Padre por él, para comunicarnos la vida eterna que recibió de su Padre, y para que en la celeste mansión todos no compongamos mas que un todo, asociándonos á su perfeccion, su santidad, su inmortalidad, y á todas las delicias de su gloria.

Ve aquí pues en compendio todo el plan del cristianismo. Jesucristo á costa de tantos sacrificios no se contenta con hacernos eternamente felices, sino que aspira á procurarnos los destinos

mas excelsos. Desea, pide y muere porque nuestra felicidad sea la suya. Quiera que miserables criaturas se eleven á vivir con su vida, y unirse con ellas de manera, que por su medio vivan con la vida de Dios, que sean de algun modo como Dios, y se enlacen por su medio con él de tal manera, que todos no formen mas que una unidad de sentimientos, de gozos y de afectos. ¿Quién sino él podia procurarnos dichas tan superiores al barro de nuestro origen? ¿Cuándo se ha visto un amor tan intenso y activo que no para hasta identificarse en cierto modo con lo que ama?

Parece que, habiendo dicho tanto, no le queda ya que decir: que ya debe estar agotada y satisfecha la efusion de aquella alma amante y generosa, pero no es así; su tierno corazon está tan lleno de esta idea, tanto desea mostrar á sus amigos el exceso de amor con que los ama, que de nuevo vuelve á rogar por ellos á su Padre. El amor no sabe acabar, y así repite: Padre mio, Dios santo y eternamente adorable: sí, yo deseo que los que me habeis dado, vengán adonde estoy, para que vean mi gloria, y vean como me habeis amado ántes de que existiera el universo. Deseo que todo el resplandor de la grandeza que poseo en la inmensidad de vuestra gloria, que se les comunique; que todo el torrente de nuestra felicidad inunde sus corazones; que todo el amor que me teneis se derrame sobre ellos, y los una con-

migo en la eternidad de nuestra gloria....
 ¿Cómo es posible considerar que este discurso ha salido de los labios de un Dios que hablaba de nosotros, sin sentirse el corazón derretido de gratitud y de confusión? Señor, ¿qué corazón debía tener el que supo sentir así la fuerza de su amor? No: jamás ha habido un hombre capaz de afectos tan sensibles, tan magnánimos y vigorosos; solo un Dios podía dar á su ternura un carácter tan grande. Los corazones humanos no tienen bastante fuerza para impresiones de tanta energía, ni para deseos de tanta inmensidad; Jesucristo es mas que nuestro hermano, mas que nuestro amigo. ¿Qué pecho dejará de enternecerse, viéndole tanto amor? ¿Quién dejará de adorarle, viéndole tanto poder, y tanto deseo de incorporarnos en su gloria? ¿Cómo es posible resistir á su Dios, y á un Dios tan amante y tan amable? ¿Quién será tan bárbaro y tan insensato que se oponga á su propia dicha?

Jesucristo tiene nuestra alma, nuestros ojos, nuestros órganos y nuestras entrañas. Para que le amemos se hizo como nosotros; adoptó nuestra naturaleza, la unió con la suya divina, y por esta unión la elevó al mas alto grado de grandeza; adoremos pues la carne de nuestra carne. Para amarle no necesitamos mas que amarnos á nosotros mismos. Todo lo que somos, todo lo que está en nosotros, todo lo que circula en nuestras ve-

nas nos impele á su amoroso seno; á ese seno que está siempre abierto para recogernos, y que es mas nuestro que el de la madre en que recibimos nuestra existencia.

¡Ay, Señor! es mucha desgracia no existir en el seno de Jesucristo, porque fuera de su abrigo paternal todo es muerte y horror. ¿Qué desdicha considerarse objeto de la indignación divina! ¿saber que nos espera un torrente de cólera para el día de la venganza! ¿estar expuesto cada instante de nuestra frágil vida á caer de repente en las terribles manos de un Dios justo y vengador! ¡Horrenda cosa es encontrar en vez de un padre tierno, un Señor irritado y poderoso!

¿Qué pérdida la que se hace! *Su reino no, no acabará jamás.* Reflexionad, señor, estas palabras: *no acabará jamás*, será eterno, no tendrá fin. Después de todos los millares de siglos que la imaginación puede concebir, no se ha disminuido un instante de su duración, como si entonces volviera á empezar; cada punto de su existencia es un nuevo principio que se renueva siempre sin cesar para no acabar nunca jamás.

Esta eternidad de gloria es el atributo mas magnífico, el título mas augusto del Cristo de Dios, y este es el que comunica á todos sus amigos. Cada justo, cada escogido, vos mismo si quereis, podeis ser tan eternamente dichoso, como él es. *Su reino no acabará jamás.* ¿Qué perspectiva!

¡qué esperanza! ¡Mas ay, que la feroz ceguedad de los insensatos que corren á la eterna desdicha, contrista mucho á los que aman al divino Salvador! Pero nada los puede consolar cuando ven que tambien van á despeñarse hombres que el cielo ha dotado de un buen entendimiento y de un honrado corazon.

En fin, señor, con lo poco que os he dicho ya podeis empezar á juzgar si los que creen, adoran y esperan en Jesucristo son tan simples, mentecatos y estólidos como piensan los incrédulos; si cuanto mas se examine la religion cristiana por todos sus lados, no se la ve brillar mas y mas con el carácter de divina; si todo lo que precedió, acompañó y se siguió á la venida de su divino Autor no comprueba su verdad, y demuestra su certidumbre; si la historia de Jesucristo no se halla escrita de antemano por una operacion que no puede venir mas que de Dios en las profecías del libro mas antiguo del mundo, y que está abierto á los ojos de todos, libro igualmente reverenciado por dos pueblos enemigos, entre los que no es posible sospechar colusion.

Ya podeis juzgar si los cristianos no pueden decir á los incrédulos lo que en su tiempo les decía Tertuliano: „Abrid y leed, y os veréis forzados á pensar y creer como nosotros:” *Qui studuerint intelligere, cogentur et credere.* Si los cristianos que han sido convencidos por las profecías,

por la moral, virtudes, santidad y milagros de Jesucristo y sus apóstoles, no tuvieran razon de decir á Dios, si fuera posible que la verdad no fuese verdad, y que la evidencia dejará de serlo: Señor, si despues de tantas y tan claras pruebas; si despues de milagros tan notorios estamos engañados, tú eres el que nos has engañado: *Domine, si error, à te decepti sumus.*

Si juzgais, pues, que los cristianos tienen suficientes fundamentos para profesar su religion, y que no son insensatos porque adoran á Jesucristo, ¡qué nombre podréis dar á los incrédulos que le desprecian y le ultrajan? Yo quiero suponer que esta divina religion no tenga toda la evidencia y claridad que se desea; pero á lo ménos no me podeis negar que presenta títulos respetables, razones que convencen, autoridades y ejemplos que persuaden, en fin, que tiene en su favor fundamentos plausibles que deben detener á las personas de buen juicio, y provocarlas á mayor exámen.

Yo no necesito de tanto para hacerlos sentir la temeridad y el peligro de los incrédulos; pues aunque despues de haberos demostrado con tanta evidencia su verdad, vos no querais concederme otra cosa que el mas mínimo grado de probabilidad, este me basta para hacerlos ver que es monstruosidad, insensatez y frenesí no abrazar una religion que en caso de ser cierta los amena-

za con eternas desgracias y los priva de felicidades eternas.

El raciocinio es muy simple. Si el cristianismo es cierto, el incrédulo será eternamente infeliz; si no lo es, el cristiano no aventura nada. El primero arriesga una irrevocable eternidad de miserias, y el segundo no puede perder mas que pocos y frívolos placeres en la corta extension de una vida fugaz y pasagera. En este contraste, ¿quién pudiera dudar de la alternativa? ¿Cuál de los dos es el insensato y el estólido? ¿Qué juicio sano no tomará el partido mas seguro?

Ya veis, señor, que esto es daros mucho de barato, y que despues de las pruebas que os he dado, tengo derecho para repetiros que Dios ha hecho cuanto era necesario para convencernos de la divinidad de nuestra religion; que Jesucristo la probó por todos medios; que miéntras vivió en la tierra multiplicó los milagros para manifestarnos la verdad de su mision; que despues de su muerte resucitó, y dejó el poder de hacer milagros no solo á sus discípulos inmediatos, sino á sus sucesores que continuaron gobernando las iglesias que los primeros erigieron. En fin, tened presente lo que hemos referido de la vida y conducta de este divino Salvador, y decidme despues si era posible que hiciera mas para mostrarnos su amor y probarnos su divinidad.

Con todo esto, y á pesar de tantas luces, hay

hombres mas obstinados que los judíos: digo mas obstinados, porque fuera de las pruebas que estos tuvieron tienen otras que nos dieron los tiempos posteriores: tales como la verificacion de las profecías que hizo el mismo Jesucristo, los muchos y nuevos milagros que se hicieron despues, y el establecimiento de tantas iglesias con tan dulces medios. Pero nada basta á persuadirlos: el amor de Jesucristo no los mueve; su sacrificio no les interesa; una gloria infinita no los inflama; una eternidad de desgracias no los asusta: y á pesar de tantas y tan poderosas pruebas que lograron convertir á tantos millares de gentiles, y pudieron convencer á los Pablos, Justinos, Agustinos, Ambrosios, y tantos sabios de ingenio superior, ellos solos lo desconocen, lo injurian y desprecian.

Pero este Dios lleno de amor y de misericordia, aunque siempre con el rayo en la mano, no solo los sufre, sino que los aguarda y los convida: cada dia los llama, los excita, y les proporciona ocasiones en que puedan instruirse: trabaja con secretos impulsos para que despierten del letargo; y ellos sordos á sus voces, y esclavos de sus miserias y pasiones no le escuchan; le desdenan, y son tan ingratos como su Dios es misericordioso y magnánimo.

Pero que se acuerden de que tambien es justo, y que se debe á sí mismo, á su justicia, y á

la inexorable inflexibilidad de su divina ley, castigar todo delito que no ha sido lavado con la penitencia; y que llegará el día en que su santidad, á pesar de su infinito amor, se verá como forzada á fulminar el castigo condigno á los que no creyeron sus palabras y no obedecieron sus preceptos.

Que tengan presente que este mismo divino Salvador, que mostró tan incomparable amor á sus discípulos, y les prometió una unidad tan íntima en su gloria, les dijo tambien que no reconoceria delante de su Padre á los que no le reconocieran á él delante de los hombres. ¡Dios Santo! ¡qué amenaza! ¡Cómo los incrédulos no tiemblan!

En este momento el Padre lleno de ardor con el rostro encendido, y con los ojos que arrojan llamas, se levanta, y rápidamente se postra por tierra, alza las dos manos al cielo, y derramando un diluvio de lágrimas, exclama con voz enternecida: ¡O Jesus! tú veniste á la tierra para salvar los hombres: ablanda el corazon de los incrédulos, destruye esas pasiones que los ciegan, ilumina la oscuridad de su razon. Bendito seas, porque tienes tantas almas que te reconocen y te adoran; que ellos te sirvan y te imploren por los otros. ¡Dulce Jesus! si los infelices supieran las inefables dulzuras que viertes en los corazones que te adoran! Sí, Jesus mio, mi úni-

co amor, y mi sola esperanza: ¡si yo pudiera con mis adoraciones y sacrificios satisfacer por tantos ingratos! No soy mas que un infame pecador, pero todo mi corazon es tuyo; yo te adoro con todas mis potencias, yo te reconozco por mi Dios, por el Hijo unigénito del Eterno Padre; y quisiera....

Yo me sentia ya muy conmovido con el discurso del padre; pero cuando le vi levantarse arrebataado y ponerse de rodillas acabé de trasportarme. La sangre me corria con ímpetu por las venas, mi corazon se batia con violentos latidos, los cabellos se me erizaban, estaba como fuera de mí. La ternura de su voz, la viveza de sus afectos, y la súbita inundacion de sus ojos arrancan las lágrimas que yo represaba, y saltan como torrentes de mis ojos; y cuando le oí decir con expresion tan afectuosa: Sí, Jesus, yo te reconozco por mi Dios, con un movimiento indeliberado de que no fuí dueño, me arrojo tambien por tierra, y con voz alterada digo: *Y yo tambien....*

El padre viendo mi accion, y oyendo mi voz se suspende, y volviendo los ojos á mí con un semblante que mostraba su alegría y su sorpresa, me dice: ¡Qué, señor! ¡es verdad....Yo que estaba casi enagenado no pude responderle; pero él despues levantando otra vez las manos al cielo, y con voz ya no dolorida sino fervorosa, vuelve

á decir: Yo te reconozco omnipotente Dios. ¡O Jesus amable! ¡Dios de misericordia! esta es obra de tus manos. Entónces se pone en pié, viene á mí, que me mantenía postrado, me ayuda á levantar, y volvemos á sentarnos.

Empezó á decirme muchas cosas con el fin de persuadirme que la Providencia me había conducido á aquella casa para hacerme conocer la verdad de la religion; que abriese mi corazon á su luz, que queria entrar en él. Me volvió á hablar de la clemencia y de la misericordia de Jesus y me tuvo otros discursos, cuyo objeto era alentarme; pero yo estaba muy fuera de mí para responderle, y ménos puedo ahora repetirlos. Apenas pude articular algunas palabras de atencion. Esta escena duró hasta que sonó la campana; entónces se despidió de mí, prometiéndome que vendria al otro dia mas temprano. Me exhortó á que aquella noche levantase mi corazon á Jesu-
cristo, y que le pidiera su luz y su proteccion.

Desde que quedé solo volví los ojos sobre mí para examinar mis propios pensamientos. En el primer momento no pude discernir nada, y no hallé mas que ideas atropelladas y confusas. Por un lado veia claramente que yo habia vivido en error, que mi ignorancia era la causa de que yo no tuviera de la religion la conviccion y respeto que debia, y que era imposible no desengañarse á vista de razones y pruebas tan demostrativas.

pero por otro lado me aterraba la dificultad del empeño que iba á tomar, pues me obligaba á una vida que no era capaz de sostener.

A pesar de esta pena sentia como una especie de satisfaccion y desahogo en haber pronunciado aquella palabra. Me parecia que era ventaja haber al fin roto una barrera que no era posible romper sin mucho esfuerzo; que finalmente ya me habia descargado de un peso que me abrumaba, y que quizá por una falsa y ridícula vergüenza mi orgullo no hubiera sacudido fácilmente la opresion que me angustiaba. Pero luego venias tú y mis demas amigos á presentar á mi corazon un obstáculo terrible; porque me figuraba que todos os burlarais de mí, que me tendrais por un hombre débil, que me dejaba seducir por un iluso, y esta idea me acobardaba y detenia.

Pero despues me asaltaban la imaginacion el infeliz extranjero á quien di la muerte con mis manos, y el desdichado Manuel, que murió tan súbitamente en medio de sus vicios. Esta memoria hacia temblar hasta las fibras menores de mi cuerpo, porque ya no me podia desentender de esta vida futura que no habia creído, ó en que por lo ménos no habia pensado; de esta cuenta que es menester dar de todas sus acciones, y de estas penas reservadas á los delitos. Si no discernia todo esto todavía con mucha individualidad, á lo

ménos ya mi alma habia recibido cierta impresion, que la espantaba, y es cierto que en aquel momento no hubiera querido por todos los imperios del mundo morir como murieron ellos.

Lo que sobre todo me dejó imágenes muy vivas es la pintura que me hizo el padre de Jesucristo. ¡Qué retrato, Teodoro! ¡Qué diferente de la idea que yo tenia! ¡Qué diferencia de la que podeis tener vosotros, y de la que los filósofos manifiestan! Pero á pesar de mi ignorancia, traslucia que el del padre era sin duda mas parecido, porque no estaba pintado ni con los pinceles de la elocuencia ni con los colores de la pasion. Yo observé que no le dió otro colorido que el de la verdad, y el que únicamente resulta de los hechos mas conocidos de su vida y de sus propias palabras. ¡Pero qué corazon tan amante y tierno! ¡Qué deseo tan inexhausto de nuestra felicidad! ¡Qué ardor tan infatigable por nuestro bien! ¡Qué desinterés! ¡Qué sacrificios! ¡Qué virtudes! ¡Y es posible que desconozcamos tanto á un bienhechor tan amante y tan digno de nuestra gratitud!

¡Es posible que esos filósofos que se precian de ilustrados y justos, esos filósofos que en odio del cristianismo, y por deprimir sus virtudes exaltan con énfasis tan exagerado las de los pocos gentiles que descubrieron algunas buenas calidades morales, como las de Títo, Trajano ó Marce

Aurelio, hayan procurado obscurecer con la injusticia mas grosera las incomparables y sublimes virtudes de Jesucristo? Porque, Teodoro, no es posible dudarlo. Aunque no consideremos á Jesus mas que humanamente, es cierto que la tierra no ha mostrado otro igual; que es el mejor, el mas benéfico y el mas amable de cuantos han honrado la humanidad; y que si no fuera el Verbo de Dios á quien debemos nuestras adoraciones, como hombre solo mereciera el respeto, la veneracion y el amor del universo.

Esta idea no se apartaba de mi espíritu, y me parece que por la primera vez de mi larga vida mi corazon se levantaba para ir á buscarle en las alturas del cielo. Yo repetia con sorpresa estas exclamaciones: Jesus, si eres Dios, apiádate de mí, alumbrá mi corazon. Entre estas inquietudes pasé la noche sin saber lo que haria, sin decirme á nada. Jamas me ví con tanta turbacion. Ahora conozco que la gracia luchaba con mi perversidad, que mi razon conocia la necesidad de rendirse; pero que los vicios que me dominaban, oponian una fuerte resistencia. Mañana te continuaré la historia de lo que me pasó al otro dia. A Dios, amigo.